

DE ARMAS TOMAR

POR QUÉ LAS MUJERES ELIGEN LA VIOLENCIA

NIMMI GOWRINATHAN

PRÓLOGO DE YÁSNAYA ELENA GIL
TRADUCCIÓN DE MARINA AZAHUA

sextopiso realidades



De armas tomar

De armas tomar
Por qué las mujeres eligen la violencia

NIMMI GOWRINATHAN

TRADUCCIÓN DE MARINA AZAHUA



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna
sin el permiso previo del editor.

Copyright © NIMMI GOWRINATHAN, 2023

Primera edición: 2023

Imagen de portada:

© Osheen Siva

Traducción:

© Marina Azahua

Copyright © Editorial Sexto Piso, S. A. de C. V., 2023

América 109

Colonia Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

Sexto Piso España, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

www.sexto piso.com

Corrección de estilo:

NAYELI GARCÍA SÁNCHEZ

Formación

INTIDRINERO

ISBN: 978-607-8895-33-5

Impreso en México

Para mi Amma,
fui forjada en tu ferocidad silenciosa,
tu dedicación y tu sacrificio;

mi Appa,
tu empatía es mi sangre,
tu lucha por la libertad es mi alma;

mi Mohan Mama,
gracias por los libros,
te extrañamos;

y

mi adorado Che,
tú eres mi todo,
la revolución, nuestro futuro.

ÍNDICE

PRÓLOGO

Las mujeres luchamos por cosas distintas	13
--	----

DE ARMAS TOMAR

Introducción	21
--------------	----

Primera parte: Espacios de lucha	27
----------------------------------	----

Un campo de batalla	31
---------------------	----

El escenario	55
--------------	----

Las calles	77
------------	----

Segunda parte: El campo de batalla	105
------------------------------------	-----

La tercera línea	111
------------------	-----

La segunda línea	135
------------------	-----

La primera línea	159
------------------	-----

Agradecimientos	173
-----------------	-----

PRÓLOGO

LAS MUJERES LUCHAMOS POR COSAS DISTINTAS

Una de las tantas formas en las que se establece la jerarquía occidental es aquella en la que se adjudica el derecho de validar fenómenos de otros mundos y tradiciones culturales nombrándolos desde categorías específicas occidentales. De este modo, todas las manifestaciones estéticas de las culturas del mundo se convierten en «arte» aunque se traten de fenómenos decididamente distintos en donde no hay galerías ni marcos legales que protejan la noción de la autoría individual tan preciada para la traducción occidental; por otro lado, para que adquieran un aura de idoneidad, los diferentes sistemas de creación y transmisión de conocimiento en las culturas del mundo necesitan también ser clasificados como un tipo específico de «ciencia» aunque en ellas no sean necesarias las universidades, ni las academias ni la publicación de artículos en revistas indexadas; siguiendo esta lógica, las múltiples tradiciones de pensamiento no occidental terminan siendo clasificadas como un tipo de «filosofía» para adquirir legitimidad del mismo modo que los sistemas políticos comunales fuera del marco estatal son etiquetados como «democracia» para el mismo fin, aunque las evidencias nos muestren que una diversidad de tradiciones de pensamiento y de sistemas políticos de los pueblos del mundo poco o nada tienen que ver con el devenir de la filosofía y la democracia occidentales. Esto mismo parece suceder con las muy distintas luchas de las mujeres del mundo que, desde el lente de la validación occidental, necesitan ser leídas sólo como un tipo específico de una lucha más amplia, con pretensiones de universalidad, llamada «feminismo», un movimiento que se resiste a ser colocado

bajo la letra F¹ en un imaginado ordenamiento alfabético de las muy distintas luchas de las mujeres del mundo. Al parecer, desde la hegemonía, no se resiste la tentación de validar mediante el acto de nombrar y clasificar incluso las resistencias que se erigen contra esa misma hegemonía.

No todos los movimientos y luchas de las mujeres del mundo son feminismo y está bien que no lo sean porque no todos fueron gestados ni ideológica ni lingüísticamente dentro del occidente epistémico y no todas fueron acunadas por los vaivenes de las democracias liberales. Las luchas y los movimientos de las mujeres a lo ancho del mundo y a lo largo de la historia no son manifestaciones locales del universal feminismo, es el feminismo un tipo, entre muchos, de lucha de las mujeres. Existen más allá de las fronteras del feminismo un sinnúmero de movimientos que no están organizados por olas y que no abrevan de un corpus escrito. La lucha de las mujeres tiene diferentes rostros, habla distintas lenguas, plantea caras a una amplia matriz de opresiones, se ha planteado diferentes objetivos y ha elegido siempre diferentes estrategias, entre muchas, ha optado por ejercer la violencia, por tomar las armas, apuntarlas y disparar. A este tipo particular de lucha dedica Nimmi Gowrinathan este libro en donde presenta las historias de mujeres combatientes del movimiento Tigres de Liberación del pueblo tamil en Sri Lanka, de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia y de la guerra en Siria y otros lugares del mundo; las palabras de estas mujeres y las ideas con las que la autora las va desgranando ponen en crisis, desde el título, los fundamentos del feminismo liberal y evidencia la incomodidad con la que esta mirada feminista se acerca e intenta leer a las mujeres que han desafiado lo que Nimmi llama la «jerarquía occidental de la violencia legítima» de la que el Estado dice tener el uso monopólico.

1 Sólo si aceptamos que este inventario utilice el abecedario latino para enlistar, pero ésa no es la única manera.

Al igual que los complejos entramados de opresiones han confinado a las mujeres a espacios y actividades específicas, el imperativo moral occidental pretende, como dicen las palabras citadas de Marcelle Shehwaro en este libro, sobrecargar a las mujeres «con la responsabilidad de ser pacíficas» e impedirles explorar los terrenos de lucha armada ante un sistema violento que no da posibilidades de elegir, un sistema que prefiera convertir a las mujeres en bastiones que sostengan, bajo cualquier circunstancia, un pacifismo funcional a los anhelos liberales aunque sea contra los intereses y la integridad de ellas mismas. Más allá de las tierras delimitadas del feminismo, otras luchas de las mujeres ponen en crisis el principio que dicta que la violencia es solo una herramienta del patriarcado. Como apunta la autora, el impulso de condenar la violencia de las mujeres en la resistencia «mientras se justifica, implícitamente, la violencia del Estado es un imperativo moral que le importa bastante poco a las vidas permeadas por esta violencia».

Las preguntas y reflexiones que se plantean en este libro navegan por aguas que se agitan fácilmente porque incomodan las expectativas de una lucha «civilizada» de las mujeres, con todo el peso que entraña esa palabra. Como la propia autora lo enfatiza, tratar de entender de verdad los procesos y los motivos de la lucha de las mujeres que han elegido el combate armado (aunque se analicen también las complejidades, matices y contradicciones) puede fácilmente ser leído como un intento de justificación de la violencia; de esta manera, los esfuerzos por entender de verdad quedan rápidamente descalificados dando ventaja a las opresiones que originan el contexto en el que las mujeres toma la violencia como instrumento.

Las reflexiones contenidas en este libro hacen patente que, para una buena parte del feminismo, la lucha anti-patriarcal ha sido cercenada de la matriz de luchas y ha sido aislada en un laboratorio ideológico hasta convertirla en un destilado puro que impide darnos cuenta que la lucha anti-patriarcal es un ingrediente presente en las luchas de las mujeres contra todas las opresiones. Pensar en la lucha anti-patriarcal

como una lucha aislada es lo que permite a ciertos feminismos ignorar que el capitalismo es una creación patriarcal y celebrar el creciente número de mujeres que dirigen empresas aunque éstas extraigan sus ganancias de la explotación de territorios y pueblos colonizados, obviar que el Estado es un producto del colonialismo patriarcal que impone violencia para la protección de la propiedad privada y del desarrollo del mercado es lo que permite a ciertos feminismos anhelar a una mujer dirigiendo estados imperialistas. Por contraste, como este libro hace evidente, si una mujer decide unirse a una guerrilla armada que combate contra el Estado, contra el capitalismo o a favor de la liberación y autonomía de su pueblo, sobre su decisión se extenderá un manto de escepticismo que terminará por concluir que su lucha no es puramente feminista. Como Nimmi describe, las mujeres combatientes son a menudo retratadas como víctimas de un «lavado de cerebro», como «ellas desempoderadas» que tomaron las armas y se unieron a una lucha armada necesariamente por coacción, o por amor a un hombre guerrillero, despojándolas de su agencia y desconociendo los motivos que la llevaron a tomar esa decisión. Estas mujeres, «no pueden ignorar el patriarcado» que también está en el corazón de la mayoría de los movimientos a los que se unen, «pero primero deben sobrevivir para poder luchar contra él».

«Las mujeres luchamos por cosas distintas» nos dice Akila en este libro, una mujer tamil combatiente de los Tigres de Liberación, y esas palabras cobran sentido para los movimientos de mujeres indígenas que, también a menudo, son acusados de no ser patentemente feministas porque exigen la liberación de sus hijos varones criminalizados por la resistencia a una empresa minera, porque se plantan para defender la propiedad comunal de sus tierras o porque se niegan a participar en la política del Estado que algunas feministas institucionales llaman la «política de verdad» a la que ellas resisten desde las estructuras assemblearias propias. El estado-nación es un proyecto patriarcal por excelencia, asumir como

aceptable sólo la violencia del que ese estado tiene el monopolio legítimo por decreto es un principio patriarcal, combatir entonces esa violencia hegemónica sostenida en andamiaje legal constituye, sin duda, acción antipatriarcal.

Sí, las mujeres luchamos por cosas distintas, «la lucha ocurre en muchos lugares, de muchas maneras diferentes» nos dice Malathi, ex-guerrillera tamil; como esas luchas se erigen contra un entramado de opresiones lo hacen también contra el patriarcado que es su ingrediente principal como diversas mujeres, entre ellas la antropóloga kaqchikel Aura Cumes o la politóloga k'iche' Gladyz Tzul, han evidenciado. Muchas de nosotras, mujeres de los pueblos originarios, al igual que Nayaki, combatiente tamil de los Tigres de Liberación, hemos querido evitar que el Estado o el poder colonial nos destruya y, a lo largo de la historia hemos optado en múltiples ocasiones, por participar en levantamientos violentos. Como un ejemplo entre muchas, pienso en Lucía María y Francisca Cecilia, mujeres zapotecas que formaban parte de la dirigencia de la Rebelión de Tehuantepec; en 1660 los pueblos del Istmo se levantaron contra el alcalde mayor español que les había impuesto extenuantes cargas tributarias y al que dieron muerte en su hacienda. Durante la represión posterior, integrantes de la dirigencia, compuesta por hombres y mujeres, fueron desterrados, asesinados, torturados o mutilados. A las mujeres les fueron rapadas las cabelleras, a Lucía María le cercenaron una oreja para exhibirla públicamente como castigo ejemplar. Las rebeliones violentas de pueblos indígenas en este territorio que ahora llamamos México nunca han dejado de existir, desde el inicio de la invasión colonialista hasta 1994 con el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y en todos ellos las mujeres han participado tomando las armas.

Si algo queda claro después de leer este libro, es que, en la actualidad, a las mujeres se nos tolera la rabia, incluso tal vez la legítima defensa si ésta es ocasional y concreta pero todas las alarmas de las organizaciones no gubernamentales occidentales se prenden si esa rabia nos lleva a integrarnos a movimientos armados o a elegir usar la violencia como instrumento, entonces

hay que desmovilizar a las mujeres y pacificarlas mediante la entrega de pollos, u otras dádivas, para que puedan rehacer sus vidas, entonces hay que enviar psicólogos «para evaluar su nivel de locura» y no para «entender el origen de su rabia», porque estas mujeres combatientes no son «ni la buena víctima a ser salvada, ni una agente pacífica que pueda ser apoyada».

La discusión incómoda sobre mujeres que ejercen violencia en la lucha contra un entramado de opresiones se activa en distintos momentos, este libro llega en un contexto abonado por la argumentación a favor y en contra de los bloques que en las manifestaciones se enfrentan a la policía en las manifestaciones de mujeres, en particular, las que suceden el 8 de marzo. Algunas feministas condenan estos enfrentamientos mientras entregan flores y abrazan ante las cámaras a mujeres policías que encarnan la cadena de mando del poder estatal, otras mujeres eligen la violencia que a los ojos de la lucha civilizada es condenada por contraproducente e incluso innecesaria en un país que pronto será gobernado por una mujer, aunque las madres de desaparecidos sigan buscando ellas mismas a sus hijas e hijos y el número de feminicidios no comience a bajar.

Aunque se insista en que las mujeres que eligen la violencia son una anomalía, Nimmi nos recuerda que «las mujeres han pasado a constituir casi el 30 por ciento de personas participantes en movimientos militantes en todo el mundo». Las distintas voces que nos hablan en este libro conjuran el peligro de la fácil condena a mujeres que se involucran en movimientos que han elegido las armas, sus acciones nos obligan a observar y aceptar que la violencia se inscribe también dentro del registro de las múltiples estrategias de la lucha de las mujeres que no sólo forman parte de la tradición del feminismo. Este libro es un llamado para escuchar y entender las razones por la cuáles las mujeres elegimos la violencia, un asunto complejo de enmarcar y comprender pero, como pregunta la combatiente tamil Adele Balasingham dentro de este libro: *¿realmente es tan complejo?*

YÁSNAYA ELENA GIL